

fácil hacer evolucionar una institución. Pero sin duda ninguna, el Menor debe tratar de situar a los seminaristas en la complejidad normal de las relaciones humanas y cívicas. No podrá ser buen cura rural, quien carece de problemática y de riqueza interior y humana para ser un fermento de ese mundo al que va a ser enviado, con la suficiente autonomía personal para ser creador y no estar subordinado a la pobreza institucional con que va a enfrentarse, Cuanto más los que de vosotros tengais que trabajar el día de mañana con los trabajadores o con la clase media marítima.

Otros aspectos a los que había que atender hoy día es: por una parte a un mayor enraizamiento de toda la formación sacerdotal, en la vida normal de cada hombre, de tal modo que toda la formación sacerdotal sea pastoral, o sea un contacto con y para la vida de los hombres. Esto supondría, sin duda, la iniciación de ciertas experiencias nuevas, controladas e inteligentes. Sin embargo podrá ser paliado con ciertas experiencias incompletas, naturalmente, pero muy provechosas que deben empezar desde el primer año del Seminario Menor, cuanto más desde el Mayor.

Cuando digo experiencias no digo que hagamos de la vida y de los contactos humanos un campo de experimentación: el seminarista es un laico en la Iglesia, un seglar, un bautizado al que urgen las responsabilidades de su bautismo ante los demás, de las que debe hacerse consciente y a las que se debe orientar en conexión con los grandes movimientos laicales de juventud e infancia. Sólo así será después un buen pastor.

Este enraizamiento debía considerar desde primero de filosofía una estructuración paralela de la iniciación pastoral que no veo en el plan: estudios psicológicos tan importantes y necesarios (Sicología de las edades, de los sexos, de las masas ...), conocimiento y experiencias científicamente expuestas sobre los métodos apostólicos de infancia, juventud, adultos ... Toda una gama de conocimientos absolutamente necesarios para el ministerio y que no pueden ser soslayados y que nunca acaban de adquirirse porque los vamos recogiendo de aquí y de allá ... cuando se recogen, es en una adecuada síntesis. Naturalmente, ese año suprimido en filosofía debía mantenerse para hacer posible la docencia de otras materias. No veo por qué hay que tener prolongar los estudios sacerdotales cuando en realidad propiamente son los teológicos, o si quereis también el bienio de Filosofía.

El enraizamiento en el mundo exige al lado de una honda formación bíblica, escolástica, humana un verdadero aprendizaje en la atención a la vida, pero de esto no digo más.

El aspecto al que se debe atender en mi opinión es el complementario de rompimiento con el mundo. Considero que a partir del ingreso en el Mayor el seminarista debe de renunciar de su pertenencia a su casa, su hogar, el mundo laical. Esto nos llevaría a plantearnos la Diócesis en lo que es una comunidad sacerdotal que recoge a los "consagrados" que son "Segregados". Tenemos que romper no ya con el pecado sino con una estructura laical de la vida. Esto debe hacerse: un año dedicado preferentemente a la vida interior para discernir la vocación al principio de filosofía, para ejercitarse en el aprendizaje del mundo interior, para prepararse en un clima religioso a lo que sigue ... Esto unido a la estancia en comunidades sacerdotales donde se viva dedicado y atento al mundo y sobre todo a Dios. Solo hombres que han hecho realidad en sí el rompimiento con los lazos de la temporalidad podrán ser un mensaje para un mundo desacralizado. Y esto el Seminario debe hacerlo.

¿Qué más? Ya va largo. Sólo deciros que nada podrá hacerse de sana reforma si no existe un clima receptivo en los interesados. No bastan los planes de reforma o perfeccionamiento, si no hay